

# SUS ULTIMOS DIAS

FRANCISCO HUEZO

Literato, periodista, profesor y maestro de juventudes,  
muy querido y admirado Gran conversador Amigo  
de la infancia de Darío.

## EN MANAGUA

15 DE DICIEMBRE DE 1915 Me apresuro a visitar al poeta, en la residencia de su esposa, casa de un piso, a una cuadra del Parque Central. Hace una mañana opaca, de suave temperatura

Ocupa un cuarto contiguo al salón, bien aireado, casi con lujo. En medio, el catre pintado de negro, con molduras de bronce. A un lado la cama de su esposa, un guardarropas de lunas venecianas, butacas blancas de junto, cofres de viaje cerrados, una *chaise long*, y mesa de servicio, con frascos y drogas.

Cerca del catre una mesita con libros, pañuelos, su reloj de bolsillo, sus anteojos de oro.

Llegó de León anoche. Viene enfermo, casi grave. Padece —dicen los médicos— de cirrosis del hígado, consecuencias del abuso del alcohol.

Está pálido, delgado, exánquie. Tiene la piel transparente. Presenta el aspecto de un hombre de 60 años. Su abdomen está abultado, hinchado. La mirada es dormida, el párpado caído, un párpado pesado, grueso.

Lo encuentro tendido, como un león en reposo, en una fina hamaca de pita. Está correctamente vestido de amarillo: americana, chaleco, pantalón y zapatos. La corbata es azul-claro.

Se incorpora, llano y franco, y me da un abrazo fraterno. Nada de orgullo. Me distingue siempre con su viejo cariño.

—¿Qué tal?, me pregunta.

Es breve su palabra, fatigoso el acento. Me da pena y dolor.

Y articulo las frases usuales: —¿Cómo está Ud?

—No, de usted, no. Tutéame siempre. Esos tratos de hermanos son más gratos.

Después continuó.

—Así, ya lo ves. Tengo no sé qué grave complicación. Cosas del estómago, del hígado, qué sé yo?

—Y los médicos ¿qué dicen?

—¿Los médicos? ¡Yo no creo en los médicos! Han dicho tantas cosas desde Nueva York en donde recibí el golpe mortal, el hachazo, digamos.

Y habla sobre ésto.

Observo el cambio que ha tenido, desde 1908, última vez que estubo en Nicaragua, cuando lo condecoró la Municipalidad de Managua con medalla de oro, que le colocó en el pecho doña Blanca de Zelaya. Hoy... ¡qué diferencia! No sólo fatiga mani-

fiesta el semblante mucho de suprema tristeza de esa tristeza que deja huellas imborrables cuando muerden el dolor y los desengaños de la vida.

Poco a poco llegamos a hablar de las cosas del país, de los viejos amigos de la juventud.

Entre los nombres, se dice uno: el de Maldonado, el poeta.

—¿Qué hace Manuel?, me pregunta. ¿Cuándo podré verlo? Quiero verlo. ¿Cómo está? ¿Está viejo? ¿Está joven? ¿Trabaja?

—Dado nuestro medio —le digo— tan escaso de estímulos, hace algo, pero podría tal vez hacer más. Hace poco terminó su poema PROMETEO, que ha dado a conocer en conferencias públicas. Es un trabajo de estructura filosófica.

—Ya es tiempo que su nombre debiera ser más conocido, dice.

Después me habla de un doctor médico, —Sabio amigo, exclama.

—De otro poeta del país se expresa con animación.

Refiriéndose a la nueva floración intelectual, dice.

—Hay aquí madera para algo bueno, hay base. Lo que falta es mejor orientación artística, estudio psicológico, medio propulsor, más faena.

Y como la conversación lo fatigara, guarda silencio.

Momento después lo interrumpí para decirle:

—No fui a la estación a encontrarte porque no estaba seguro del día de tu llegada.

—Sí, así lo quise yo! No quise dar noticia al público para evitarme esas ovaciones que dicen me estaban preparando. Las agradezco, pero no las resisto. En León me hicieron una, fuerte, brillante. El estado de mi salud es delicado, y los vivas, los gritos, los discursos, los abrazos y apretones de mano me sofocan. Vivo a dieta rigurosa, con líquidos.

No creo conveniente prolongar la entrevista.

En momentos en que me retiro, el poeta pide un panecillo de magnesia que muerde pausadamente como un pan eucarístico.

17 DE DICIEMBRE Acabo de hacerle una visita y me ha producido la impresión de un guerrero en crisis, o de un bravo autócrata feudal, dueño de horca y cuchillo.

Llegaba yo de buen humor para referirle pasajes

o cuentos callejeros, como en nuestros buenos tiempos, a fin de hacerle olvidar algo las penas

A él le gustan en ciertos momentos las conversaciones de salsa y pimienta La mañana convidaba al esparcimiento, una mañana clara, satinada

Desde que puse los pies en el quicio de su cuarto, me vio Estaba despierto Eran las diez de la mañana Sus pupilas, como siempre, se dilataban o contraían en una constante oscilación misteriosa

—Buenos días, le dije

—¿Ya supiste la nueva?, me contestó

—No sé nada

—Pues, señor, continuó —Sucede que a un tal Manuel Maldonado, que es orador, y poeta, se le ha antojado no venir a verme, oye Ud? Puro antojo No ha venido ni a saludarme, ni a darme las gracias porque lo saqué de la prisión

—Sí, señor, continuó yo lo saqué de la prisión, y estaba en ella por conspirador Gestioné ante el Presidente Díaz y me concedió su libertad, porque yo quería verlo, nada más Pero sucede que el hombre se ha encaprichado, y yo, al ver la descortesía, estoy sulfurándome también, y de momento puedo estallar y dar orden para que lo metan nuevamente a la cárcel, y si se me antoja, le mando dar palo, no ya por conspirador, sino por rebelde

Al punto pensé que aquella exaltación era obra de su enfermedad Viendo mi duda y quizá algún gesto irónico en mi semblante, sospechó lo que yo pensaba, pues me dijo al instante

—No es cosa de enfermedad Tengo firmes mis potencias, y si no viene hoy o mañana, cancelo mi fianza, hago que lo encierren de nuevo; y, si se muestra terco, le caerán los palos Tengo ahora los instintos de Barba Azul Conmigo nadie juega

Observando su nerviosidad creí oportuno seguir el humor de su musa bravía, y le dije

—Tienes razón No me explico ese olvido e indiferencia del poeta, a quien has favorecido con tu fianza

—Pues yo si me lo explico. Se le ha metido ser Presidente de la República, y ya le parece que lo es Por eso me ve así. Pero que se ande con cuidado, porque yo le bajo los humos presidenciales muy temprano, se los bajo

—Si quieres, le contesté, yo le pasaré alguna noticia

—No quiero nada de él, ni me importa su desvío Tú puedes hacer lo que quieras

Poco a poco se calmó su exaltación, y, al rato, me dijo

—Oye si le dices algo, que sea por tu cuenta, y que no sepa que hemos hablado. Sucede que le tengo algún cariño y me desagrada su conducta

**18 DE DICIEMBRE** Llego a casa de Darío a las once de la mañana

Manuel Maldonado espera en el corredor, que hace de antesala Al fin ha llegado

Hace un sol hermoso Ni viento, ni brisa Hora de silencio

Mientras la esposa del poeta introduce a Maldo-

nado, yo me entretengo en ver los rosales del jardín, un jardinillo fragante, frente al cuarto del poeta

A la puerta, pendiente del techo, se columpia un canario, amarillo oscuro, con collar negro, en su jaula de oro Salta garbosamente y de momento esponja el buche, encumbra el pico y echa al aire su música, ¡Qué delicadeza de trinos! ¡Qué dulzura de notas! Todo un príncipe de la melodía Tarda Maldonado con el poeta y yo no puedo esperar más tiempo por mis urgentes ocupaciones

Regreso al caer de la tarde. Tiene el poeta gran fatiga y fiebre Una sábana blanquísima cubre su cuerpo Su cabeza, como la de un dios olímpico, se destaca sobre la almohada. El estómago hinchado, ondula como una ola.

Su esposa me ofrece asiento Acerco una sillita a orillas del lecho y lo observo Tiene la barba crecida y las mejillas hundidas y rosadas

De pronto despierta y me ve.

Sus manos queman

—Ya ví a Maldonado, me dice. Es mi viejo amigo Yo gozo con los conocimientos de mi juventud Poco ha cambiado Ha estado preso, quiere ser Presidente de Nicaragua Me dice que tiene popularidad entre los obreros Yo le aconsejé que no se meta en política, pues los poetas deben tener la vista fija en los cielos y en la naturaleza, y acordarse poco de las pasiones humanas

El cansancio es fuerte y no puede continuar. Cierra los ojos y aparenta dormir Una de sus manos, mano blanca y fina, mano ducal, queda fuera de la sábana, como un pétalo pálido.

Indudablemente, está muy grave

Me retiro a las diez de la noche

**19 DE DICIEMBRE** Darío ha pasado mala noche Ansiedad, retortijones, náuseas, hemorragia intestinal

Su estado es delicado Tres médicos de la localidad están en consulta los doctores Emilio y Enrique Pallais y Jerónimo Ramírez

Lo han auscultado y entre otras cosas aconsejan inyecciones de emetina.

Después que se retiran me introduce la esposa.

Lo encuentro en su catre, en ropas menores.

Bajo un mosquitero lila, aparece como tras una niebla

Tiene 38 grados de temperatura

Los labios delgados, están rojos, la lengua roja No pierde la belleza de las manos, su orgullo físico, aquellas "manos ducales", siempre finas, aristocráticas Tiene envuelto el estómago en franelas blancas y sobre ellas pijama ceste de seda

—He pasado mala noche, me dice, mala, pésima El estómago ha crecido un centímetro. Me aconsejan cholagogue Creo que he sido víctima de las drogas.

Se exalta poco a poco

—Anoche, —dice— se quedó a velar el poeta José Olivares El sueño fue venciendo por minutos, no obstante su contrario propósito, hasta quedarse dormido. Entonces empezó a roncar. Como yo estaba insomne, me desesperé No hay pena mayor para

un hombre que ver dormir a otro cuando no se tiene sueño Empecé a gritarle ¡Olivares! ¡Olivares! No duerma Ud, acuértese de mí. Como no despertase, grité ¡Socorro, Socorro!, y le arrojé una almohada Con el ruido que hice, se levantó mi esposa, y algún tiempo después, despertó Olivares que se había acostado vestido en esa hamaca Y me señalaba la hamaca blanca de pita

—Si lo ves, dile que no vuelva a quedarse. Que se lo agradezco en el alma Yo no quiero alarmar a la familia con nuevos gritos de ¡Socorro! ¿Para qué?

**21 DE DICIEMBRE** Llega a la casa del poeta con el alma llena de pesadumbre

Me la causa su situación Parece un león vencido, un atleta olímpico a quien el destino detiene de pronto en medio de la carrera luminosa de sus victorias Alto, sonoro, magnificante, es una águila a la cual el dolor quiebra las alas.

En esta situación de pena, llego a su cuarto Se encuentra con él el sabio Miguel Ramírez Goyena, viejo amigo del poeta Está sentado a la orilla del catre, debajo del mosquitero que cubre a Darío, a quien lee con interés un capítulo de su Flora Nicaragüense, probablemente el titulado WIGANDIA DARII Es la descripción de un arbusto tropical clasificado por el maestro y bautizado con el nombre de Darío

Después que Ramírez Goyena se retira, me aproximó y lo saludo

Siempre una mala noche Tiene fiebre 39 grados. Con frecuencia le atacan náuseas. Se le ve mucha fatiga Está afeitado Su fuerte busto se destaca en el fondo del lecho

Flojas las mejillas, hundidas, hinchados los párpados, el cabello entreverado de canas, un círculo de calvicie, como una tonsura, le dan aspecto de un alto monje oriental clavado en la roca del dolor, cuando no el de un semidios vencido, por obra milagrosa de la pena

Habla con trabajo

—Me siento fatal, fatal Ya lo ves La noche ha sido pésima Tengo fatiga, una desesperante fatiga Por otra parte, estas náuseas y este dolor en el estómago Mucho tormento Además, lo agrió del paladar, estos gases ácidos, me desesperan

Y se apresura a comer un pan de magnesita que está sobre el velador, al alcance de la mano

Aprovecho las circunstancias para indicarle la necesidad de una intervención médica más activa

Oye mis palabras con interés Medita largo tiempo

Al cabo dice, con vacilación

—Tal vez sería bueno llamar a Debayle, a León

—Eso depende de cómo te sientas tú, le contesto. Sea que te decidas por cualquier médico, conviene que te examine de nuevo, y si fuere necesaria alguna operación, creo que debes resolverte La fatiga que experimentas seguramente proviene de la cantidad de agua que tienes en el estómago

—Bueno, está bien! Ya he dicho más de una vez que no creo en los médicos Le tengo horror a la dicotomía, tan en boga en París, y tan combatida por la prensa, por razones de humanidad y de piedad.

Pero que venga, que me vea y que me haga lo que dicen Quisiera que sólo él procediera, sin que me tocara otra persona Lo repito no creo en los médicos Le tengo horror instintivo a su ciencia y sobre todo a sus aparatos teatrales Son pocos los sinceros e ingenuos, los modestos y sabios de verdad. En la mayoría, tropieza uno con farsantes, farsantes cuchilleros, asesinos feroces

Guarda silencio algún tiempo, y, al cabo, agrega, como en estudio retrospectivo de su vida

—Las cosas que me suceden son consecuencias naturales del alcohol y sus abusos también de los placeres sin medida He sido un atormentado, un amargado de las horas

He conocido los alcoholes todos desde los de la India y los de Europa, hasta los americanos, y los rudos y ásperos de Nicaragua, todo dolor, todo veneno, todo muerte Mi fantasía a veces, hace crisis, sufre la epilepsia que produce ese veneno del cual estoy saturado Me siento entonces agresivo, feroz, con instinto de destruir, de matar Así me explico los grandes asesinatos cometidos por el licor

Se calla Al rato, en voz baja, habla de su afán de ternura, de su hogar

—Yo he corrido mucho Mejor dicho, me han dejado correr, y no he fundado hogar Hoy, al cabo de años de ausencia, me reúno con mi esposa ¿Qué le traigo? Nada Soy un tronco viejo, arruinado, un hombre en cenizas

Tiene brillante la pupila, algo coloreadas las mejillas

**25 DE DICIEMBRE** Las doce meridianas Sopla un alisio fuerte Opaco está el día y levanta el viento grandes nubes de polvo El lago está agitado Véase de lejos su color de bronce oscuro con salpicaduras blancas

Contemplándolo, recuerdo al poeta, cuando, en años ya lejanos, íbamos por sus riberas, o por las calles de esta capital, de paseo, de juerga o verbena, diciéndole literaturas o fojando proyectos

No tenía entonces la celebridad a que ha llegado, pero ya la fama empezaba a consagrarlo Había sido huésped en El Cabrero del poeta Presidente Rafael Núñez, aquel alto ingenio colombiano que —según dicen sus amigos— cayó en contradicción en su vida política con sus ideales de filósofo

Estos recuerdos me acompañan al entrar a su estancia Hoy es día de Navidad ¡Qué Pascuas para el pobre enfermo!

Lejanos aquellos tiempos, perdidos en el abismo del pasado! El rabí está ya viejo, usa anteojos, unos poderosos anteojos de oro, al través de los cuales y a pesar de su enfermedad, devora los periódicos del país, los libros que ha recibido escritos en francés, inglés, italiano o español, porque habéis de saber que Rubén Darío habla varios idiomas, conoce algo de alemán, algo de griego y de latín

Fue buena noche, con una poción de chologogue que tomó ayer Durmió algo, a pesar de las músicas, los gritos, los repiques, bombas y cohetes de Nochebuena

Sin embargo, dice que el abdomen le ha crecido otro centímetro

Ya se ha llamado a León al Dr. Luis H. Debayle

—¡Felices Pascuas! —le digo. Y le doy un abrazo

—Gracias, gracias, responde

Está muy abatido y me habla de la necesidad de hacer su testamento. Se muestra sereno, y, cosa rara, no le asusta la muerte

—Quiero disponer de mis cosas, dice. El gobierno de mi patria me debe como nueve mil dólares de mis honorarios de Ministro en España. No dudo que me los mandará pagar el Presidente don Adolfo Díaz. En Nueva York me dio cartas muy especiales don Rafael Cuadra, agente financiero de Nicaragua, recomendando ese pago

Quiero disponer de ese dinero, de los contratos de mis obras con los editores, y de mi arreglo con LA NACION de Buenos Aires, a la cual no he escrito ni una sola línea, desde hace más de un año, muy a mi pesar. En ella colaboro hace más de veinte, y, según sus estatutos, tengo ya derecho a mi jubilación.

Viendo su resolución, le contesto

—Muy bien! Si quieres te llevo la pluma y escribo tu testamento, pero si no, puedo traerte recado de escribir, para que lo hagas. De este modo tendrá más expedición. ¡Como quieras!

Medita un rato, y responde. —Ya veremos! Yo te avisaré! Gracias por todo!

Está vacilante, dudoso su espíritu, en medio de las graves circunstancias en que se encuentra

—A pesar de mi enfermedad, agrega, no he permanecido ocioso. He meditado dos cuentas que me gustan. Hubiera querido escribirlos, creo que han salido buenos; pero primero es el testamento

Tiene la vista fija en un sitio del cuarto. Sigo la dirección de su mirada. En la mesa de las drogas, sobre un libro de cubierta roja, alcanzo a ver un pequeño crucifijo de plata

Al lado de las almohadas se ve un libro abierto

—¿Qué obra lees?

—Acabo de leer a Enrique Ibsen, el viejecito portentoso. Son interesantes sus dramas CUANDO RESUCITEMOS y JUAN GABRIEL. Tienen frases que condensan mi doloroso destino y que quisiera ver escritas a los pies de mi lecho en momentos de morir

Porque, te digo con sinceridad, yo creo que he venido a Nicaragua sólo a morir. No le tengo miedo a la muerte. ¡Qué me importa que venga! En ocasiones he gozado tanto como tal vez no lo han logrado los millonarios de esta tierra. He comido como príncipe, he vestido con mucho lujo, he tenido historias en el mundo de las supremas elegancias. Me he relacionado con los más altos personajes del mundo. he sentido con frecuencia el aletazo de la gloria, he derrochado dinero, que gané en abundancia. ¿Qué me queda por desear? Nada. Venga la muerte. Sin embargo, si Dios todavía no lo quiere, desearía un rinconcito de la tierra para vivir al calor de una santa ternura. Me gustaría eso. Sería mi ideal. Nada de locuras, serenidad, tranquilidad, pocos y escogidos amigos y algún champagne para obsequiarlos. Y mis

libros, y mis cosas de arte; pero nada de compromisos para escribir por obligación

**26 DE DICIEMBRE** Además de los buenos libros, le han gustado siempre a Rubén Darío cuatro cosas: el vino, las mujeres, la buena mesa y los trajes elegantes

Excelente catador, con el simple paladeo de un whiskey o un cognac, conoce la marca

Un traje flamante, la corbata fina, una camisa alba, un chaleco aristocrático, un frac elegante, lo entusiasman

Los manjares delicados, el plato italiano o francés, o español, o un rico beefsteak, una mayonesa ideal, la sopa de leche y ostras, un trozo de queso de mantquilla, queso de égloga —como dice él— lo deleitan

En cuanto a las mujeres, Venus, Safos o Frinés, con sus mejillas de raso, sus labios de granado, los dientecitos menudos, los ojos como abismos, cual los de la serpiente paradisíaca, diablo!, por lo que toca a las musas, las diosas del pecado, se ha vuelto loco por ellas. Un pie diminuto, una mano, unos hoyuelos de gloria, promesa encantadora de besos y caricias, un pelo negro, muy negro; o un castaño, color de oro mate, exaltan su fantasía.

Enfermo e imposibilitado como está, pide, no obstante, platos fuertes. Pollo, arroz, tallarines; queso, pan. Quiero un buen plato, buena sopa, quiero comer bien, dice.

Y habla fuerte, y regaña y grita, si no le dan gusto. Y cuando regaña es con frases duras, a veces subidas de tono

Es la una de la tarde y acabo de verlo

Lo encontré conversador, y con buen apetito. Deseaba comer pastelillos. Y la esposa se los preparaba

—¡Pasteles!

—Sí! Como lo oyes, quiero pasteles y una copilla de champagne. Estoy desesperado de tomar sólo líquidos

—Pero tu enfermedad; los médicos

—Al diablo la enfermedad y al diablo los médicos! Quiero pastelillos.

—¿Ya están los pasteles? Traiganme los pasteles!

Su acento es llano, imperioso, de mando. Minutos después llega la esposa con cuatro pasteles diminutos, bien dorados, sobre un plato de cristal. El, con galantería. —Gracias, señora!

Después, dirigiéndose a mí, me dice

—Pruébalos tú también

Y me obsequia uno.

Yo empiezo a comerlo

—Sabrosos, ricos! Se deshacen en la boca, le digo

Sin embargo, él los encuentra insípidos. Toma pequeños bocados y muerde la pasta con displicencia. Ya masticada la pone a la orilla del plato. Se manifiesta descontento.

—Los pasteles españoles o franceses, son gratos  
Así los quisiera, exclama  
Y después de tres o cuatro bocados en esa forma,  
deja de comer  
Nada dice su esposa Sólo ve a su marido con  
ojos de piedad  
En aquellos momentos se oye la campana del  
reloj de catedral Son las doce del día. Un sol de  
oro cae a plomo

**2 DE ENERO 1916** Hoy no tiene el poeta espíritu  
negro Al contrario, en los mo-  
mentos que la enfermedad se lo permite, abre su co-  
razón a la alegría

Lo visito en la noche y nuestra conversación es  
casi puramente literaria

Habla de los poetas italianos Edmundo D'Amicis  
y Gabriel D'Anuncio, dos altas energías, dos grandes  
orgullos

Tienen amistad D'Amicis es feliz se casó con  
una dama aristocrática D'Anuncio es de una labor  
espiritual más intensa Ambos son amados, queridos,  
por la noble Italia Se refiere brevemente a los nue-  
vos poetas franceses y españoles, a los americanos  
Alude a Gómez Carrillo, un formador de arabescos, a  
Nervo, a Blanco Fombona

Se refiere después a nuestros poetas Hay mu-  
chos mediocres, dice pero otros tienen esencia fina  
Y cita a Argüello, Pallais, Olivares y otro

Yo elogio a varios con calor, pero él replica

—Doblemos eso, doblemos eso Ustedes están  
bajo el peso de una alucinación Las tendencias ac-  
tuales de la literatura son diferentes Poco vale el  
fraseo Se busca la idea, el tesoro del pensamiento,  
en los trabajos literarios, que deben revestir formas  
sencillas La sencillez es la suprema belleza, el  
adorno póstizo, el arrequive, ¡qué desgracia!

Guarda nuevamente silencio, e invoca enseguida  
la ternura de la mujer amada, la necesidad de afecto  
que siente el hombre en el mundo

Cuando así dice, acaba de entrar su esposa  
Viste falda moiré y blusa perla Ve a su marido con  
interés, con amor

Entra de puntillas para no interrumpirlo y se sien-  
ta a la orilla del catre

Continúa él hablándome sobre el mismo tema y  
poco a poco se aproxima a ella hasta reclinar la cabeza  
sobre su hombro

Hagamos matrimonio, dice Me siento bien así!

Al incorporarse en el lecho se ha corrido algo el  
cobertor y deja al descubierto su pierna blanca y del-  
gada de una flacura extrema Hace contraste con el  
abdomen crecido Quédate así largo rato, con los  
ojos entornados y en profundo silencio Apenas se  
siente su respiración fatigosa. Es un cuadro de me-  
lancólica dulzura

**3 DE ENERO** La esposa de Rubén Darío es alta, del-  
gada, de ojos verdes, blanca, hermosa,  
elegante.

Hija de don Ramón Murillo y doña Mercedes

Rivas, de distinguida familia, nació en Managua, Re-  
pública de Nicaragua

Hace años murió su padre, originario de León  
Fue factor en acciones de guerra, y cuando la guerra  
democrática, siguió la bandera legitimista

Darío conoció y se enamoró de doña Rosario en  
Managua Tenía ella 14 y él 19 años La conoció  
en un elegante salón, una noche de baile Oyóla  
cantar una linda romanza acompañada al piano y se  
prendió de su peregrina belleza

Y así empezaron aquellos amores que crecieron  
con los años

Quería el poeta casarse pero no tenía dinero  
Participó sus propósitos a algunos amigos de intimi-  
dad y a varios familiares Unos y otros le disuadie-  
ron Estaba muy joven —le decían

Para curarlo de estos amores le hicieron un viaje  
a Chile Diéronle dinero y se marchó Espíritu in-  
quieto y novelesco el suyo salía el proyecto al encuen-  
tro de su deseo de ver el mundo Así emigró por  
primera vez de Nicaragua

Apreciando más tarde su inquietud de viajar,  
decía

**Yo debo seguir mi camino  
De mi destino voy en pos . . .  
Entre sombras y luz, peregrino,  
Por secreto impulso de Dios.**

Después de algunos años de permanencia en Chi-  
le, toda una historia, volvió a Nicaragua, y entonces  
pidió oficialmente a su novia Pero sus amigos con-  
trariaron nuevamente sus designios, lo reembarcaron y  
fijó entonces su residencia en El Salvador Hizo allí  
conocimiento de nuevos personajes, bellezas, escritores,  
artistas y poetas Fundó periódicos, escribió artículos  
como camafeos y versos como músicas

Surgía brillante su musa, deslumbradora Y en  
su espíritu delicado y sensitivo se perfiló la imagen de  
una nueva mujer la de la escritora señorita Rafaela  
Contreras, que escribía con el pseudónimo ESTELA,  
hija del célebre orador Alvaro Contreras

Apenas quedaba en el alma del joven poeta,  
cual un perfume, el recuerdo de la musa nicaragüense

Contrajo matrimonio en El Salvador, vivió des-  
pués en Costa Rica con su esposa doña Rafaela, y  
muerta ella, a consecuencia de una operación, cuando  
ya estaba de regreso a su patria, Darío pensó en sus  
viejos amores y se desposó en Managua con doña Ro-  
sario, el 8 de Marzo de 1893

Era Presidente de la República el doctor Roberto  
Sacasa Y bendijo la unión de los dos jóvenes el  
Canónigo don Rafael Ramírez Algún tiempo después  
vino al mundo, en Managua, el primogénito, un ca-  
pullo de rosa Se llamó Darío Darío y vivió apenas 15  
días El poeta no conoció a su hijo En otro capí-  
tulo decimos las causas

**4 DE ENERO** (Son las 10 y media de la mañana)  
—¿Qué tal noche? ¿Cómo te sien-  
tes ahora? . . . Te encuentro excitado.

Se incorpora en el catre y me extiende la mano  
fina, amarillenta. Arde al fuego de la fiebre.

Hace un gesto de displicencia, y me contesta.

—Nada! No tengo nada! Mejor dicho, tengo algo, tengo mucho

Y calla.

Me siento junto a él en una butaca de junco, y observo los estragos de la enfermedad.

Pienso con tristeza en la suerte del glorioso intelectual, en su decadencia física, quizá en su próximo fin.

Comparo su situación actual con la de ayer, cuando corría, lleno de fuerza y juventud, por las poderosas redacciones de los periódicos sudamericanos, y, después, por España; y, después, por París todo glorioso, con su laúd a la espalda, y su corona de laurel en la frente

Los literatos se lo disputaban, los ministros, los embajadores, los artistas. Visitaba a los reyes, a los presidentes

En el humilde silencio del rincón nicaragüense se extingue esta alta vida que abarcó tanto, que tanto ha fulgurado, que tantas almas ha sacudido. Se extingue bajo el peso de la hidropesía, a la edad no mayor de cincuenta años

Durante mi prolongado silencio y mi meditación, no me ha quitado los ojos de encima

Siguiendo talvez el curso de mi soliloquio, me pregunta de súbito

—Bien, ¿y qué?

—Nada! Que te veo de mal humor

—Pues, ¿cómo quieres que no lo tenga si acabo de sufrir una cólera?

—¿Cólera?

—Como lo oyes

Y me refiere que hace unos pocos momentos recibió del Gobierno doscientos *dollars* a cuenta de mayor suma que le reconoció el Gobierno y de la cual ya se le habían enterado otras partidas

—Mi felicitación, —le digo— mi felicitación. Doscientos *dollars* no vienen mal!

¡Cómo se puso de furioso, al oírme!

—Para tí, —exclamó— para Manuel Maldonado, para Santiago Argüello, para Luis Debayle, para todos los que viven en la *Papoasia*, esa suma puede ser suficiente, pero has de saber que yo no soy naca-tamalero como Uds! Yo soy Rubén Darío, y la cosa cambia de aspecto. Esa cantidad es insignificante y no la acepto

Se erguía altanero, altivo, con el orgullo de un dios ofendido

—Dicen —agregó— que mañana mandarás más ¡Mañana, mañana! Es un mañana que tarda en llegar. El plazo de la raza

No me dí por ofendido por sus duras palabras

Desde hacía días había observado que la fiebre debilitaba rápidamente su razón y lo hacía delirar, decir incoherencias, a ratos.

Traté de calmarlo, hablándole del estado económico del país y de la buena voluntad del Gobierno para pagarle

Pocos minutos después pasó la crisis

Hablando de su última labor literaria, se refirió a PALAS ATHENEA. Es una oda, dijo, que compuse

en Guatemala para las fiestas minervinas, por excitativa del Presidente don Manuel Estrada Cabrera.

—No pude recitarla por enfermedad y designé para que lo hiciera en mi lugar al buen amigo don Adolfo Vivas, un brioso talento

**6 DE ENERO, 8 DE LA NOCHE** En su casa hay movimiento de amigos

Están allí la hermosa doña Margarita de Lacayo y otras cuyos nombres no conozco, la familia de Darío y varios doctores amigos

Reina gran agitación.

Hablo con la madre política de Darío

Ha resuelto, me dice, marcharse a León. Va a aquel lugar para que lo vean los médicos y tal vez para operarse. Yo no estoy de acuerdo con ese pensamiento. De igual manera opina mi hija Rosario. Pero él así lo desea, y no hay que contrariarlo. Parece que lo han sugestionado influencias que desconozco

Me introduce al cuarto del enfermo y encuentro a éste algo animado, talvez por la perspectiva del viaje a la ciudad de los viejos Obispos, la cuna de su familia, digamos. Y no digo su cuna, porque habéis de saber —y lo sabéis bien— que Darío nació en Metapa, pueblecito del Departamento de Matagalpa, un caserío modesto, situado en el fondo de las montañas septentrionales de Nicaragua. Después su padre lo trasladó a León

Al verme, me habla de la necesidad de un nuevo examen médico

—Te repito lo que te he dicho más de una vez. No creo en los médicos. Me sucede las de Quevedo desconfío de ellos. Pero puesto que su voto es indispensable para un nuevo tratamiento, estoy resuelto a marcharme a León. Veremos lo que dicen aquellos doctores. Me acompañará Luis Debayle, que ha venido expresamente a llevarme

Sobreponiéndose a las urgencias del momento, me habla del movimiento de la prensa, y, después, de mi último artículo publicado en "El Comercio", "Haciendo los pastores".

Aceptable tu artículo, bueno —exclamó— pero le pusiste el parchecito americano, el parche de ternura. Así escriben todos Uds. No pueden salir de la esfera sentimental. Deja de eso. Echa vitriolo, echa vitriolo. Si me mejoró de esta enfermedad, publicaré algo en "El Comercio". Algunas páginas diminutas, diariamente, en cualquier plano, con el título LAS UÑAS DEL MUERTO, que me recuerde a Dumas. Ya se me apreciará bajo una nueva faz, ya se me conocerá. Antes fui una paloma, ahora quiero enseñar mis garras. Seré milano

—Los artículos que escribo, le contesto, son vivos. Reflejan cuadros de lo que observo. El zurcido artístico, el acomodo, no los conozco, ni me gustan. Si algunos trabajos salen con su nota delicada, con ese parchecito que dices, es porque así ví las cosas del mundo

Metiéndosé en filosofías, agrega

—La prensa del país no es capaz de decir, de publicar ciertas verdades, verdades que son evangelios.

Emitió entonces extrañas ideas, dijo raras teorías acerca del triste porvenir de Nicaragua, su visión obsesante. Hablaba nerviosamente y pasaba con rapidez de un asunto a otro. Aludiendo a los amigos, agregó

—La amistad humana sólo se prueba de dos modos o por medio del dinero o por medio de la sangre

Gritaban en esos momentos unos muchachos en la calle. Su vocinglería penetraba al cuarto a través de las persianas. Impaciente, se endereza en el lecho y exclama

—¡Oh Herodes! ¡Oh Herodes!

Tu corazón —le dije— está ahora bajo un influjo trágico

—No está siempre en lo justo. Soy el que he sido. Enemigo de la farsa y de la mentira. Las cosas de por acá no las comprendo ahora. Yo no tengo ya en mi cuerpo nada del *tamal pisque* que conservan Uds. Ha desaparecido. Es otra diferente levadura la que lo anima, muy diferente. Y, mira, —exclamó— si continúas aquí en este país vas a atrofiarte. No hay que atrofiarse

El esfuerzo de la conversación le produjo náuseas. Se volvió en el lecho sobre el lado izquierdo y calló

Veíasele el pecho subir y bajar en respiración fatigosa. Su abdomen crecido se destacaba fuertemente sobre las sábanas. Fulguraban sus ojos y se veían fijamente tras la tela sutil del mosquitero

—¿A qué horas te marchas para León?

—Me voy en tren expreso, a las seis de la mañana. He resuelto que me hagan lo que ustedes dicen: las inyecciones, puesto que no hay más remedio.

Después de conversar estas cosas, tornóse agresivo.

Volvió a cogerlo la ola del humor negro, aquel humor que envolvía a Byron, a Musset, a Espronceda, a Goethe, a Shakespeare, en las crisis terribles del desencanto

Para dar lugar a las visitas, salgo al corredor. Allí me muestra el Dr. Debayle composiciones poéticas de él y de Darío escritas en la isla de El Cardón en el año de 1908.

Debayle tenía allá entonces su familia en temporada de mar, y Darío fue su huésped. Debayle es célebre médico. Hace versos

Las composiciones circularon en la isla en letra de máquina, en forma de un periodiquito de balneario, que está ahora en poder de don Narciso Lacayo

Me decía Debayle

—Hice versos entonces y propuse temas a Darío, no porque me creyera poeta, sino para verlo producir sus bellezas

Debayle es hombre rico. Ha hecho fortuna. Es descendiente de padre francés y nació en León de Nicaragua. Se educó en Europa y pertenece a las primeras familias

De fácil palabra, es un *causeur* sugestivo

## EN LEON

**7 DE ENERO** Hoy a las seis de la mañana salió Darío de Managua para León en un expreso que le puso el Gobierno

Lo acompañan su esposa, el médico, un amigo y dos sirvientes

Iba vestido de traje amarillo y gorrita de sportman color gris, a rayas negras. A la luz de la mañana fría se veía su cuerpo macilento, marchito.

Varios amigos y gente del pueblo estaban en la estación, frente a las históricas ruinas del cuartel de la tragedia de 1903

Al norte, como a trescientos pasos, en la apacible serenidad de los minutos, rima el lago su dulce melodía al impulso imperceptible de la brisa que besa suavemente sus ondas con vaivén de cuna

—Adiós, adiós!

La fina mano del poeta saluda por la ventanilla ¡Quién sabe si volveremos a vernos!

Dolor, desaliento, se reflejaban en el semblante de Darío que iba a pedir salud a la cuchilla de los cirujanos.

**8 DE ENERO** Hoy sábado fue operado en León Rubén Darío.

Llevó la cuchilla el Dr. Luis H. Debayle auxiliado de su colega el Dr. Escolástico Lara.

Lo operaron para extraerle el agua del estómago. Aplicó el trócar el primero de los facultativos y le extrajo catorce litros de suero. Incontinenti practicaron la autoserapia

Telefonema de la noche dice:

“Darío sereno al principio porque creía que era una simple inyección la que se le pondría. Al convencerse de que era operación, se puso furioso.

Creí, dijo a Debayle, que era una simple inyección la que me pondrías. No pense que me engañabas

He cumplido, contestó el médico. Ya ves el resultado.

Y le señalaba la cantidad de suero que salía por el tubo, un suero pálido, rubio

Creció la cólera del poeta.

Yo no he venido a ser sacrificado, exclamó!

Lo que procuramos es salvarte de la muerte.

No te muevas, agregó el médico, porque el trócar puede desviarse y hacerte daño interiormente.

Siguió hablando el poeta pero ya no se movió y la operación terminó sin novedad. Fue poco dolorosa

Sin embargo, al final tuvo accesos de furor y hubo momentos en que increpó rudamente al médico, lanzándole frases sangrientas, llenas de llamas.

Lo asistía su esposa a quien acompañaba doña Fidelina de Castro y otras damas de la Metrópoli.

Ha marchado la enfermedad con penosas alternativas. Unas veces hace concebir esperanzas, otras las hace perder.

Es fuerte el organismo de Darío. De lo contrario, hace tiempos que hubiera muerto.

**16 DE ENERO** Se ha recibido en la capital un telegrama alarmantísimo

Lo dirige de León doña Fidelina de Castro.

Dice

“Rubén gravísimo. No hay esperanza de vida”

**18 DE ENERO** La enfermedad no declina

Dice “El Comercio” de Managua

“SIEMPRE GRAVE RUBEN DARIO. Ayer temprano de la mañana el doctor Escolástico Lara llamó por teléfono a don Andrés Murillo, cuñado de Darío. No estando éste en la ciudad, fue al teléfono doña Mercedes, madre del señor Murillo, a quien el doctor Lara le dijo

“Rubén continúa gravísimo, en un alto grado de gravedad; y desea que Andrés venga hoy mismo a León. Darío, agregó, tiene el presentimiento de que hoy, día de su cumpleaños, morirá, y no ha querido hacer ninguna revelación sobre la entrevista que quiere tener con Andrés”.

**20 DE ENERO** Rubén Darío tiene frecuentes accesos de furor

Son consecuencia de la enfermedad

Larga ésta, (más de seis meses), con temperatura constante, con alimentación líquida, su cerebro no tiene perfecto equilibrio

A menudo flaquea, y entonces cae su espíritu en profunda atonía; otras, en accesos de cólera. Los razonamientos entonces son los de un loco. La ira desarrolla en él una como epilepsia trágica, un instinto de acometividad que afortunadamente no se traduce en hechos

Un día me dijo en la capital

—Sé que voy a morir, pero no me moriré sin hacer una cosa tremenda. Antes de eso, despacharé a un hombre a la eternidad

Y me dio el nombre de un caballero

—Cuando me convenza de que ha llegado el minuto, monto en un carruaje, me acompañas tú o cualquiera otro amigo y le hago una visita. Saldrá él a recibirme. Entonces saco el revólver y le disparo. Nada me importa lo demás, porque sé que voy a morir.

Este instinto sádico ha permanecido en él durante días. Cierta momento llamó a su cuñado y le recomendó que le preparara un revólver con cápsulas sin plomo.

—Les quitas el plomo y les pones corcho o papel, pero que no les quede nada de plomo, ¿oyes?

El revólver lo pondría el poeta bajo la almohada y cuando llegáramos a visitarlo algunos amigos, y le

habláramos de la necesidad de operarse, nos dispararía a quemarropa

Quería ver nuestra cara de espanto, el apuro de un hombre amenazado de muerte

El cuñado no se prestó a su deseo

Esta situación de furor lo hizo cometer en León, un acto agresivo.

Insultó fuertemente al Dr. Escolástico Lara, uno de los médicos que lo asisten, insultos que éste pasó inadvertidos, con sana paciencia

Cuando al siguiente día volvió el médico, le dijo el poeta:

—Doctor, no creí que Ud. volviera a verme

—No hago caso de nada, contestó el médico

Vengo a aplicarle la inyección

El poeta se dejó inyectar.

Después de haberle extraído el suero, tuvo fuerte altercado con el Dr. Debayle por una prescripción facultativa. Darío se negaba a someterse, y como el médico insistiera, aquél montó en cólera y al cabo de palabras hirientes, a pesar de su debilidad, tomó un vaso de servicio y se dice que con él dio un golpe a Debayle

Estaba verdaderamente furioso

—Yo no quiero que Uds. me asesinen. No he venido a eso, y me defenderé. Estaba verdaderamente trágico

Incorporado en el lecho, como un dios irritado, blandió de nuevo el objeto con el brazo nervioso y quiso repetir el golpe

Debayle lo atajó con presteza y se lo quitó de las manos

Su esposa, doña Rosario, gritó:

—¿Qué haces, Rubén? Y dirigiéndose al Dr. Debayle:

—Dr. no le haga daño. Y agregaba —Salga, salga pronto. Si continúa Ud. aquí, se va a empeorar Rubén. Dispense Ud.

Al oír la novedad, ocurrió gente de las casas vecinas, principalmente artesanos, que tienen idolatría por el poeta

Colérico éste, dice a Debayle

—Lo que tú quieres hacer conmigo es aumentar el número de tus víctimas

Debayle, que consultaba el termómetro a la luz de un foco de gasolina, se vuelve airado ante la injuria y se dirige en actitud severa al lecho de Darío.

Rápida como el pensamiento, doña Rosario se interpone entre ambos y cubre a su esposo con su cuerpo. Repite enérgicamente las palabras

—Salga Dr., salga! Yo se lo suplico. Excuse a Rubén que está loco

Debayle al fin se marchó disgustado y apenado

En la calle, la masa popular empezaba a manifestar su inquietud

Cólera terrible la del poeta

Reconviniendo a su esposa, le dice

—¿Por qué no le diste una bofetada? Te contentaste con decirle

—Salga Dr., salga Dr.!

E imitaba su gesto y su voz.

—¿Sabes lo que hubiera hecho una argentina?

Pues le hubiera dado una bofetada. ¿Una fran-

cesa? Lo hubiera sacado de las orejas ¿Una española? Con su navaja le hubiera rajado la barriga y no le hubiera dejado una tripa adentro Sólo tú te contentas con decir

—Salga Dr, Salga Dr, La bofetada que tú le hubieras dado habría sido grata a mi corazón y hubiera bajado a la tumba, dulcemente

Al día siguiente, 18 de Enero, día del cumpleaños de Darío, llegó a visitarlo la esposa de Debayle, doña Casimira Sacasa, hija del Ex-Presidente Dr Roberto Sacasa, gentil y bella dama

Llegó acompañada de dos hijas suyas que le llevaban ramos de flores y vasos de perfume

Se aproximó al lecho y tomando entre sus blancas manos la demacrada del poeta, le dijo con su dulce voz

—¿Cómo se siente, Rubén? Vengo a visitarlo y a decirle que siento mucho lo que ha ocurrido con Luis Yo deseo que se olvide todo y que ustedes sean siempre buenos amigos

El poeta

—Muy agradecido, señora, muy agradecido

Ha de saber usted que sufro mucho, que padezco mucho, y que, por otra parte, soy un animal

Debido a esas cosas, estuve tres días en observación en una clínica de Europa Yo siempre he querido a Luis, como a un hermano

La señora Debayle

—Pues nosotros deseamos que Ud mejore lo deseamos con vehemencia Nos interesa su salud queremos verlo bueno

—Sea como Ud lo dice y desea, señora No hay inconveniente en que Luis y yo seamos siempre buenos amigos Entre nosotros, es Ud señora, en estos momentos, como el dulce San Francisco de Asís, en los MOTIVOS DEL LOBO

Y quedó viéndola con mirada mortecina llena de infinita tristeza

**21 DE ENERO** La noticia de la gravedad del ilustre nicaragüense enfermo ha conmovido a la sociedad

El personal del Poder Ejecutivo, presidido por don Adolfo Díaz, y las dos Cámaras del Congreso han manifestado sentimientos de pesar

Unánime la prensa, comenta con dolor la noticia, y el telégrafo y el cable la llevan por los ámbitos del istmo centroamericano, y por todo el mundo

Tomamos un suelto editorial de "El Comercio", el diario más antiguo del país, en que da cuenta de los sentimientos que predominan en las alturas del poder y de los proyectos que ha originado la fatal nueva

Dice

"LA GRAVEDAD DE DARIO"  
Actitud del Congreso.

Ha seguido mal de su enfermedad en León el poeta don Rubén Darío

Ayer publicamos un telefonema del doctor Escolástico Lara relativo a la inminencia de un desenlace fatal

Otros telefonemas de última hora nos confirman

la triste noticia Uno de los facultativos, dice "Rubén Darío peor Temperatura alta El delirio casi es constante Empieza a llenarse nuevamente de agua No hay esperanzas"

En vista de estas noticias alarmantes, el Congreso ha tomado una actitud casi definitiva respecto a la forma en que deben verificarse los funerales del poeta.

Por iniciativa de algunos representantes, se darán al Ejecutivo plenas facultades para que disponga unos funerales extraordinarios, suntuosos, que respondan a la fama y gloria de Darío

Se declarará luto nacional por ocho días, el cadáver será embalsamado y permanecerá en capilla ardiente diez días, para dar tiempo a que lleguen a Nicaragua las delegaciones de los Gobiernos y Congresos de Centro América, a los cuales se dará aviso en su oportunidad El día de la inhumación se le harán honores de Presidente de la República

Tanto el Congreso como el Ejecutivo abundan en estos generosos sentimientos de simpatía en favor del distinguido literato, del orfebre eximio, que ha llenado con su nombre una época literaria y estableció nuevas fórmulas para el lirismo y el pensamiento

**22 DE ENERO** Una esperanza!

Aludiendo a los conceptos expresados en el editorial anterior publicado por "El Comercio", se recibe en la oficina de redacción un telegrama de uno de los médicos

"Director de "El Comercio"

"Con sus propios ojos, Darío leyó las últimas publicaciones suyas, cuyo origen se me atribuye El poeta prefería a los honores póstumos, cuidados a su persona en vida No está de muerte Siempre asistí el Dr Debayle y el suscrito E Lara"

Comentarios de la redacción

"No hemos vacilado en publicar el anterior telegrama y vamos a referirnos a él

Estamos seguros de que el glorioso poeta no ha tenido conocimiento de la letra de ese mensaje del Dr Lara De lo contrario, quizá no habría permitido la afirmación de ciertos conceptos.

Aquí en Managua es público y notorio que el Gobierno de la República no ha desatendido ni un solo momento la situación pecuniaria de Darío desde que llegó al país Y sabemos de manera fidedigna que hasta el día, ese auxilio pecuniario no ha faltado en la magnitud que el poeta lo merece y su enfermedad lo reclama".

**10 DE FEBRERO** Darío está en León en una casa modesta del barrio de San Juan, frente a la residencia de don Francisco Castro

Lo asisten su esposa, una hermana natural del poeta, la señorita Francisca Soriano, y dos criados

Es una habitación sencilla, de paredes blancas, de un solo piso Tiene dos cuartos y el portón. No tiene cielo raso, ni está empapelada

Muebles un canapé de piel y una chaise-longue

El catie es un catie negro comprado por la esposa en los almacenes de la metrópoli Ni cuadros, ni obras de arte.

Ayer lunes se confesó el poeta con el sacerdote don Félix Pereira. Después de todo, es un creyente que sigue la fe de sus mayores.

**Mi sendero elijo  
I mis ansias rijo  
Por el crucifijo.**

Hoy le suministró el santo Viático el Excelentísimo señor Arzobispo don Simeón Pereira y Castellón. Va revestido el Arzobispo con los ornamentos de su elevado ministerio y asistido de los sacerdotes con sus capas pluviales. Bajo un hermoso palio rojo con flecos dorados, lleva el Sacramento.

Marchan detrás los cinco canónigos de la Santa Iglesia Catedral y dos canónigos honorarios. Todos con roquetes y mucetas moradas. A continuación, el alto clero y como 16 sacerdotes más. Cierran éstos el cortejo ritual.

Después, el numeroso cuerpo de seminaristas y los educandos seglares del Colegio Seminario de San Ramón, con uniforme de gala, y llevando el pabellón nacional. Por último, gran número de distinguidas damas y caballeros, y gente del pueblo.

Todo un cuadro solemne, majestuoso, como cuando Lope de Vega o Calderón de la Barca.

Como pjar de aves, se oye el sonoro tintinear de las campanillas. Por donde pasa el Viático cae la gente de rodillas.

Callaron aquéllas una cuadra antes de llegar la procesión a la casa del enfermo. En la puerta se detuvo la concurrencia.

Ciento veinte alumnos del Colegio Seminario hacían valía desde el lecho de aquél hasta la calle. En medio marchó el Arzobispo acompañado de los canónigos.

En la pared occidental del cuarto se alzaba un altar cubierto de flores y de luces y con la imagen de un Cristo de oro. Y allí ofició Su Señoría.

Está muy pálido el poeta, conmovido. Tiene las mejillas hundidas, los ojos entornados, los labios sin sangre. Está sentado en el lecho en medio de los almohadones. La fatiga lo atormenta. Olor a rosas, incienso y mirra se respira en el ambiente. Al lado su esposa reza de rodillas.

Le hace Su Señoría las preguntas rituales. El poeta, en plena lucidez, responde con voz firme: —Sí creo.

Un brillo de fe fulge en sus ojos. Se le ve unción al recibir la hostia blanca.

El poeta, el gran poeta de América, va a morir. En más de algunos pechos, ingenuos y nobles, se oye el eco de un sollozo.

Darío, con su voz débil, da las gracias.

—Monseñor, besa la mano ¡Muchas gracias! Tened la bondad de darlas a todos en mi nombre!

Se le ve tranquilo.

Después que se retira la concurrencia, se anima.

Dice a su esposa:

—Me felicito de haber recibido el pan de los fuertes.

**2 DE FEBRERO** La fiebre de Darío es alta. Después de la operación tuvo un colapso. Se deprime demasiado su organismo de atleta.

Permanece en continuo sopor. Habla poco. El alimento que se le da es líquido. Se le ha recrudecido su afección hemorroidal, hace cámaras de sangre, abundantes, sangre negra.

Los médicos hacen al parecer caso omiso de este detalle. Siguen en su firme diagnóstico: el hígado.

Hay momentos en que delira. Durante ellos, tiene visiones de personas muertas.

En ocasiones abre los ojos y dice a su esposa: —Procura que no vuelva a entrar en mi cuarto el viejo que acaba de salir.

—¿Que viejo es ése? Yo no he visto a ninguno.

—El viejo airado y calvo, de ojos brillantes que ha estado sentado a la orilla de mi cama. Me agravia, me daña su gesto.

En otros momentos exclama:

—Acabo de ver a una hermosa persona, apuesta y noble. Qué semblante, qué dulzura del alma.

Vino a visitarme. Entró con precaución para que yo no despertara. Es tía Bernarda, la que he reconocido por madre, gentil y buena. Qué suavidad inefable viene de ella. Y agrega en francés: —Bien, tres bien! ma chère.

Algunas horas después se despierta asustado:

—Echa afuera a esa vieja de ojos torvos y dolorosos. Tiene andar de alimaña y se goza en mi amargura. Me es conocido su semblante, pero he olvidado su nombre. Que no vuelva a entrar. Dile al portero que no se lo permita. Es bruja o Euménide. Duele su mirada como la de los satanases del Dante. ¡Horrible mujer! Une maudite, peut etre! Al irse, me miraba siempre. Qué miradas! Une maudite.

**2 DE FEBRERO** Darío ha mejorado. Su enfermedad sube y baja como las olas. Reacciona brevemente su naturaleza hasta quedar la temperatura en dos quintos. El poeta hace proyectos.

Ya no sufre delirios.

Y los médicos Debayle y Lara resuelven efectuar una nueva operación. Siempre han creído que la enfermedad radica en el hígado. Suponen que tiene pus.

Oyen el parecer de otros dos médicos: los doctores Juan Bautista Sacasa y José Godoy.

Después de un examen minucioso, estos últimos opinan que no hay pus.

A pesar de esa opinión, Debayle determina operarlo con Lara.

Se niega el poeta; pero le hacen reflexionar. Se opone también la esposa, pero le dicen que eso va a mejorarlo y que si no le hacen esa operación no responden de su vida.

—Mi enfermedad, dice Darío, no está en el hígado. Mi enfermedad es mi antigua colitis. Siento en el bajo vientre como una placa de fuego.

Y con el dedo señala el sitio del dolor.

—Ataquen ustedes el desorden hemorroidal y estaré bueno, no lo descuiden. En la sangre que arrojo se va la vida. Mi hígado está sano. No me duele: Nada tengo en él.

Y se lo toca para convencer a los médicos Creen éstos que Darío es el equivocado

Después de muchas discusiones y observaciones, se lleva a cabo la segunda operación

El Dr. Escolástico Lara marca con un lápiz azul en la piel blanca dos puntos donde supone está el pus

El señor Godoy se niega a presenciar la faena y se retira

Quédase solamente como curioso con los dos profesores que operan, el Dr. Juan B. Sacasa.

Doña Rosario se sale del cuarto en que va a ser operado su marido y se aleja al interior de los corredores No quiere ver

El doctor Sacasa con los brazos descansados en el espaldar del catre, observa

Tras una ligera anestesia local de cocaína, el doctor Debayle hace la primera punción en la entraña del paciente

Una queja de dolor se oye en el cuarto Extraído el trócar, dice Sacasa a Debayle

—Tira el émbolo y veremos

Procede Debayle El trócar da un resultado negativo

Sacasa

—Lo dije no hay pus

Contestan los médicos que se halla en el otro sitio marcado por el lápiz

El trócar vuelve a ser introducido por Debayle

Doña Rosario, llena de angustia, se cubre los oídos, allá en el corredor, para no oír las quejas del paciente

Debayle dice a Lara

—La dureza es clara No hay para qué introducirle de nuevo el trócar en el hígado

El doctor Sacasa no dice otra palabra y guarda completo silencio

Débil el poeta, se quedó desmayado

He aquí un suelto de gaceta de "El Comercio" que da cuenta de los primeros rumores del hecho que circulaban en la ciudad y fue escrita por el redactor de turno don Juan B. Prado

"La enfermedad del poeta llegó a su grado máximo, a contar de hace cinco o seis días, en que le hicieron la fatal punción en el hígado"

La primera y la segunda operación le han sido practicadas en su propio cuarto de enfermo en una sala improvisada forrada con tela blanca para evitar la infección del polvo que puede caer o entrar de la calle

Por esta segunda operación se han hecho diversos comentarios Algunos han atacado a los doctores Debayle y Lara.

Hablando con el primero, nos dijo

—No hay razón La enfermedad de Rubén era complicada, y la extracción del líquido abundante del derrame abdominal, que lo sofocaba, era indispensable

Después de recibir los auxilios de la Iglesia, Rubén Darío hizo su testamento

Lo autorizó en León el abogado doctor don Antonio Medrano Estuvieron presentes el doctor

Debayle, amigo fraternal del poeta desde la infancia, el poeta Santiago Argüello y don Francisco Castro.

Es un testamento privado

Nombró albacea al doctor David Argüello, Alcalde de la ciudad

Sus bienes son una casa ubicada en León y la propiedad de sus obras literarias. Se los deja a su hijo natural Rubén Darío Sánchez, hijo de una española que vive en Barcelona, a la cual alude Rubén en una interview

Otras obras, las que escribió en Nicaragua, le quedan a su esposa doña Rosario Murillo de Darío

No todo el mundo conoció personalmente a Darío aquí en Nicaragua; porque vivió fuera de ella la mayor parte de sus años, pero todos conocieron la belleza de su espíritu por sus versos Gozó con él, sintió con él, lloró con él

Sus victorias eran victorias de la patria Sus penas, también ella las compartía Incubó su alma en la corola de una rosa, o de un loto azul Fue enigmático, como un Buda lírico Y gradualmente creció en sabiduría para cumplir su misión, para evangelizar, digamos, en el elevado mundo de las inteligencias

Hay motivos para ese quebranto, para pena tanta, para tanto duelo Enraizado en el corazón humano por sus obras, se siente dolor cuando se le ve morir Váse tras él la voluntad, la sal de nuestra devoción Y es porque con él se pierde la dulzura de nuestras horas amables, el paladium helénico de nuestra fe espiritual, una gloria del mundo por su cantar angélico, poeta complejísimo, pagano y cristiano, nimbado constantemente por el resplandor de un sol de gloria

En el peregrinar se pareció a Homero Por la belleza, fue del brazo con Virgilio Como la de Byron, fue borrascosa su vida Dios Pan, al fin, sensual y fuerte, gustaba del buen vino, como Noé y Alejandro El vino y el amor lo mataron.

**7 DE FEBRERO** Movimiento de personas se ve alrededor de la casa mortuoria. Por las puertas abiertas salen claridades de una luz viva, luz de acetileno

El período agudo de la agonía empezó hoy, 7 de Febrero, 1916, en las primeras horas de la noche. A las 9 se escapaba del pecho de Darío un estertor persistente y seco

Sentado en una sillita, a la orilla del catre, su esposa, doña Rosario, los ojos anegados en llanto, le reza las oraciones Con una esponjita blanca toma agua de un vaso que está en el velador y humedece a ratos los labios secos del agonizante

El Presbítero Don Félix Pereira presta al moribundo los postreros auxilios de la religión Las campanas de las iglesias vecinas dan al espacio el toque de los agonizantes

Hace un cielo clarísimo, diáfano En el fondo azul se ven las constelaciones como fino polvo de leche Sopla fuerte la brisa que lleva lejos los tristes ecos de la ciudad

Están presentes en el cuarto del moribundo los Dres. Santiago Argüello, Francisco Paniagua Prado y Abraham Argüello, don Alfonso Valle y el cuñado del poeta don Andrés Murillo. También la hermana de

aquél, señorita Francisca Soriano, la dulce María Alvarado y su hermano don Arturo

Tras un breve estremecimiento, Darío exhala el aliento último de la vida. Está arropado en sábanas blancas, y ha permanecido en estado de inconsciencia más de 42 horas. Diríase que hace ese tiempo que agoniza. Ha muerto silenciosamente, como los pájaros.

El cuerpo está de norte a sur sobre el catre negro. En la parte alta de las almohadas brilla un menudo Cristo de plata. Sobre el pecho tiene otro de mayor tamaño, obsequio de Amado Nervo.

Tan pronto expira, el joven Alejandro Torrealba levanta la tapa de un reloj de bolsillo, Ingersoll, propiedad de Darío, y rompe la cuerda. Marcan las agujas las 10 y 15 minutos. Se oye una queja, un sollozo, en la cámara mortuoria. Es la abnegada esposa que llora. Son los deudos y amigos.

Minutos después la fortaleza de Acosasco dispara 21 cañonazos anunciando la catástrofe. Las campanas de Catedral y de La Merced dan toques tristes, raros, de una extraña armonía.

Según el rito católico, es el toque de vacantes concedido a los príncipes. Se le tributan estos honores por orden del Sr. Obispo, S. S. Ilma. Monseñor Simeón Pereira y Castellón.

Llénase la casa de personas de distinción, señoras, señoritas y caballeros.

Invaden la calle los obreros en grandes grupos. Penetran a los corredores y al patio.

Todos se disputaban la oportunidad de ver el cadáver.

Permanece éste en el catre hasta las 2 de la mañana, hora en que principia la autopsia.

El joven Octavio Torrealba, dibujante, tomó dos bocetos, uno pequeño, cuando el poeta agonizaba, mayor el otro, después de muerto, así que el peluquero Adán Castillo le hizo la toilette. El artista José López sacó una mascarilla de yeso.

### LA AUTOPSIA Y EL EMBALSAMIENTO

A las dos de la mañana de la propia noche que fallece Darío hacen la autopsia y embalsaman el cadáver los mismos médicos que lo asistieron en la enfermedad auxiliados de los internos del Hospital Luis E. Hurtado, Sérbulo González, Enrique y Roberto Debayle y Manuel Pérez Mora.

La operación fue laboriosa. La hicieron en el cuarto contiguo a la cámara mortuoria. Duró hasta las siete de la mañana.

Los médicos extrajeron primero el hígado, después el corazón y los pulmones. Estos aparecieron sanos. No había germen tuberculoso, como se sospechaba. El corazón era de grandes dimensiones y con señales de gordura. El hígado tenía color de arcilla blanca, era duro y con los caracteres típicos, cirrosis atrófica. Dijeron los médicos que se había reducido como un sesenta por ciento de su tamaño natural.

Así que lo extrajeron, el cuñado del poeta, don Andrés Murillo, dijo a Debayle

—Esta víscera no está reducida, como se aseguraba. Tiene su justo tamaño. Se ve sana.

Y, examinándola, agregó

—He aquí la huella de las punciones.

Y las señaló con el dedo.

Debayle contestó

—Está atrofiada. No es otra cosa. Esas son ligeras huellas, porque apenas entró el trocar. Son señales breves, casi superficiales.

Fue colocado el corazón en un vaso de cristal con formalina.

Se lo reservó el doctor Debayle. Las otras vísceras fueron depositadas en un menudo ataúd y el señor Murillo les dio sepultura en el Cementerio de Guadalupe, al lado de los restos de doña Bernarda de Sarmento, tía de Darío.

### PARTICIPACION DE LA NOTICIA A LOS CENTROS LITERARIOS EXTRANJEROS

La noticia la participa el Comité, por cable, a los presidentes de la Argentina y Chile, a los de la América Central, al Ateneo de Madrid, al diario "La Nación" y a la revista "Caras y Caretas", de Buenos Aires, a los ateneos y otros centros literarios de Centro América.

### CAPILLA ARDIENTE

Después de la autopsia fue vestido el cadáver de levita y guantes negros y estuvo en capilla ardiente en la casa mortuoria.

El veneno de la formalina lo hizo cambiar de color. De blanco mate tomó un tinte pálido de cera. Veíasele apergaminada y rugosa la piel del rostro.

### DESFILES, PROCESIONES

Inmensas masas humanas visitan la casa del poeta.

Un pelotón de policías vestidos de gala custodian las puertas.

En filas ordenadas penetran los grupos para verlo, para dejarle ofrendas de flores.

Jamás se vio en León manifestación tan extraordinaria y grande.

El cadáver permanece dos días en aquel sitio. Le hacen guardia cien estudiantes vestidos de riguroso luto. Dos fotógrafos, Rodríguez y Cisneros, toman vistas del cadáver y de la casa.

Después, el 8, es trasladado al Palacio Municipal a las once de la mañana con inusitada pompa fúnebre. La solemnidad de la hora, el clamor de las campanas, las marchas acompasadas de las bandas de música, el eco del cañón que se oye en la distancia, la inmensa concurrencia vestida de negro, la profunda y severa tristeza del momento, las banderas que ondean en la vía con sus anchos crespones, el paso solemne de los caballeros que llevan en hombros el cadáver, y de la guardia militar con las armas a la funerala, todo infunde piedad, respeto, dolor. todo da una alta visión de

grandeza, de magnificencia. Es un pueblo que llora al hijo querido, que se arrodilla como la heroína de la Biblia a refrescar, a ungir, a santificar su cuerpo con sus lágrimas. Recordamos la historia de los funerales de Lope de Vega, de Calderón de la Barca, de Víctor Hugo, de Zorrilla, de Castelar, grandiosos son refulgencias de apoteosis, clarinadas de gloria, epinicios olímpicos.

Daño es conducido por 15 personas.

Colocado el cadáver en el salón de honor, le hacen la guardia los miembros del Municipio, del cual es jefe el doctor David Argüello.

A las nueve de la noche se verifica una solemne sesión Municipal, en honor al poeta. Es tan numerosa la concurrencia que el local resultó estrecho y se quedaron centenares de personas en el Parque Jerez.

Durante el acto fue colocado el retrato del poeta en el salón principal y leyó un elocuente discurso, en representación de la Comunidad, el doctor Manuel Tijerino, fino poeta y abogado.

Horas después de haber sido trasladado el cadáver circuló el acuerdo municipal declarando de duelo la ciudad y ordenando crepones en el Palacio de Ayuntamiento y en las casas particulares.

La ciudad corresponde inmediatamente. En todas las calles se ve enlutada la bandera nacional. También se agitan las de países extranjeros que se asocian al dolor público. Poderoso desfile de personas, de todo sexo y rango, llegan a la casa de la Comuna, en demostración de duelo. Pero veamos lo que había sucedido la noche del siete.

## LA NOCHE DEL SIETE

Ya en capilla ardiente el poeta en la casa mortuoria, resolvió el Dr. Luis H. Debayle extraerle el cerebro, que no se le tocó cuando se hizo la autopsia y embalsamamiento.

La operación la practicó acompañado del Dr. Escolástico Lara, en la noche del 7 de Febrero. Mejor dicho, en la madrugada del ocho.

Cuando la hicieron, doña Rosario, la viuda, se encontraba dormida. Fatigada por tantas noches de desvelos, quebrantado su espíritu por la pena, reposaba en el cuarto vecino.

De la familia sólo estuvo presente el cuñado del poeta, don Andrés Murillo.

El Dr. Debayle llegó con su colega y tres o cuatro ayudantes, a las cuatro de la mañana. Y empezó el trabajo.

Médicos y ayudantes se visten los delantales blancos, la capucha, y toman las precauciones profilácticas y proceden.

Majestuoso, solemne, parecía el poeta en su tarima blanca un misterioso sacerdote de los antiguos ritos, un dormido fellah oriental, cuando no un faquir a quien sorprendiera el éxtasis eterno.

Su cuerpo grande, pálido, vestido de negro, se destacaba en el fondo de la sala pequeña en donde murió. Corría una brisa helada. Por el oriente empezaba a manifestarse una rosada claridad.

Colocado el cadáver sobre la mesa, brilla el bisturí

alrededor del cráneo, y el médico (Debayle) recoge y dobla la piel cabelluda. Después la menuda sierra muerde el hueso con tenacidad, y al cabo de algún tiempo queda al descubierto el cerebro, un cerebro hermoso, de células amplias, muy desarrollados los signos temporales indicadores de la energía del pensamiento (Circunvalación de Broca).

—Aquí está el depósito sagrado. Aquí está, dice el cirujano.

Y lo tomó con respeto.

Largo rato estuvieron todos contemplando la masa gris en donde incubara el genio sus portentos.

Se agitaban las llamas pálidas de los blandones y enviaban una luz vacilante sobre aquel cuadro de dolor.

Después el Dr. Debayle colocó el cerebro en un depósito con formalina y lo entregó al señor Murillo.

Desinfectado, preparado el cráneo, fue cerrado, y el cadáver colocado nuevamente en la tarima blanca.

Ya era de día.

Y empezó una escena íntima.

Hacía rato que el Dr. Debayle observaba al través de sus espejuelos al señor Murillo. Por último, le dijo, subrayando las palabras:

—No sé qué intenciones te adivino.

Murillo le pregunta:

—¿Por qué me haces esa observación? Y agrega:

Mis intenciones son buenas. Quiero observar el cerebro, guardarlo, y evitar por ahora penosas exhibiciones. Es un sagrado recuerdo para mi hermana.

Al oír la contestación, el médico quedóse viendo con fijeza a Murillo. Tras los quevedos brillaban intensamente sus pupilas.

Llaman de momento a Murillo del interior de la casa, y, tan pronto se ausenta de la sala, Debayle toma con rapidez el vaso que contiene el cerebro y sale a la calle. Viste todavía el delantal y la gorra con que operaba. Camina por la acera a paso rápido.

En aquellos instantes vuelve Murillo a la sala, y al darse cuenta de la desaparición del depósito y del doctor Debayle, corre a despertar a su hermana y le informa.

Se dirige después al cuerpo de policiales que guarda la casa, reclama su auxilio y sale a escape un pelotón tras el doctor que iba ya como a cincuenta varas de distancia.

Le dan alcance, lo rodean y lo obligan a volver a la casa.

En tan críticos momentos, se presenta en la puerta doña Rosario, a quien habían despertado las voces alteradas, y pregunta:

—¿Qué es el escándalo?

Mientras tanto Murillo decía:

—No se lo lleva Ud.

Debayle contestaba:

—Sí me lo llevo.

Al darse cuenta de todo doña Rosario, dijo al pelotón de policiales que hacían la guardia y que el Gobierno había puesto bajo sus órdenes:

—Prendan, capturen a ese hombre, refiriéndose al Dr. Debayle.

Y los policiales procedieron.

Entonces el médico entregó el cerebro a la viuda Estaba muy desagradado, pálido, y dijo

—Este cerebro nos pertenece a nosotros, los leoneses. Y puesto que ya ha intervenido la policía, es bueno que lo lleven a la Dirección de la Policía para que la autoridad resuelva

Murillo

—El cerebro es de la viuda, mi hermana, es una reliquia de la familia

Debayle

—Lo veremos. Que la autoridad decida. Emocionado Debayle, casi no podía hablar. Era una situación incómoda y violenta.

La viuda en un gesto pímo entregó el cerebro a su hermano don Andrés, para que lo llevara a la Dirección de Policía

El Director consultó entonces el caso por teléfono con el Presidente de la República, y el alto funcionario ordenó que lo entregara a la viuda. Cuando hacía la consulta, la viuda dirigió al Director de Policía la esquilita siguiente

“Sr Director: es un escándalo y profanación que el cerebro de Rubén esté en las oficinas públicas, escándalo y profanación. Suplícole devolvérmelo inmediatamente —Rosario”

Y otro billetito a su hermano decía

“Andrés. Trae inmediatamente el cerebro. No me conviene que esté allí —Rosario”

A Debayle lo guiaba un propósito científico, un espíritu de investigación para estudiar la áurea célula del poeta

Todo extraño lo que sucedió en la muerte de Darío

Cayó casi de modo trágico. Sol del arte, sol intelectual, armonizaba con el sol de la naturaleza. Así se explica que en los momentos en que éste eclipsara, algunos días antes, y cuando el eclipse llegó al máximum, el poeta experimentara un terrible paroxismo. Se estiró en el catre cuan largo era y quedóse rígido, como muerto.

Innecesario es conocer estos pormenores, desde el ínfimo hasta el supremo. Punible sería ocultarlos de la noticia universal

Cuando se troncha una encina en la selva, los árboles secundarios se doblan, se quiebran. Los parásitos mueren, las lianas se rompen, los pájaros tiemblan. La caída es una catástrofe; llénase de pavor la hondonada, retiembla la tierra

Si Rubén Darío hubiera sido un simple mortal, no hubiera sacudido tanto corazón como sacudió en su caída

Cuando se dijo que se repudiaba mi nombramiento de orador de la Municipalidad de Managua, a causa de mis artículos, encontré tal determinación ajustada a los términos de la catástrofe.

Sufría mi amor propio de hombre, pero triunfaba mi íntimo criterio de escritor

Y cuando más tarde supe que algunos corifeos azuzaban al pueblo contra mí, se afirmaba mi filosofía, enraizaba mi convicción, y, augusta y dramatizada, con perfiles de leyenda, surgía de su catafalco la visión del sublime esteta, revolucionario en el mundo, revolucionario en la tumba.

Su paroxismo a la hora que ecilpsaba el sol, la operación, la autopsia, la extracción del cerebro, el sabio que lo lleva, la policía que lo quita, las peripecias de la agonía, la voz de las pasiones vibrando como un mar, todo esto, inusitado, extraño, nuevo, grande, armonizaba con el poniente del genio cuya muerte ha dejado mucho frío en el corazón de la raza y un gran dolor en el mundo

## AUTOGRAFA DEL DR. DEBAYLE

De su puño y letra, el eminente médico hace relación de la escena que se verificó en la cámara mortuoria del poeta, después de extraerle el cerebro. La autógrafa está escrita con lápiz, y dice

“La señora de Darío autorizó al Dr. Debayle a conservar el corazón y el cerebro mas el día de la autopsia sólo se le extrajo el corazón dejando el cerebro

Al siguiente, Andrés Murillo, deseoso de conservar el corazón lo pidió al Dr. quien aceptó darlo si se quedaba con el cerebro, con el fin laudable de hacer un estudio de esta viscera, como Antomarchi lo hizo con la de Napoleón. Convenidos, Debayle procedió en la noche siguiente, cuando disminuyó la muchedumbre de los asistentes que velaba en capilla ardiente en la casa mortuoria

“Por una hábil y muy fina intervención, pudo Debayle, acompañado de Lara, de sus hijos Enrique y Roberto, de los practicantes Luis Hurtado y Sérbulo González y de don Francisco Castro, al rayar el alba, extraer el cerebro del poeta, sin dejar señal alguna en el rostro, ni en el cuero cabelludo, sin deformación alguna en la frente espaciosa y alta del genio, sin siquiera manchar su impecable traje negro, pudo, repetimos, extraer la masa encefálica con todo y el cerebelo y parte del bulbo, recibiendo apenas en los lóbulos frontales una ligera hendidura de sierra, finísima y especial, que cortó el cráneo. (Esta sierra y los demás instrumentos de la autopsia los conserva Debayle en su museo patológico como reliquias).

“En cuanto Debayle sacó el cerebro, hizo un rápido análisis de su peso, morfología, meninges, etc., y resultó como extraordinaria característica, la diferencia entre la tercera circunvolución de Broca y la homóloga del lado derecho. Los profesores y don Francisco Castro tuvieron un diálogo acerca de la forma insólita y el desarrollo marcadísimo de esta circunvolución

“La hendidura, ciertas lesiones especiales, de la meninges, (a las cuales nadie ha hecho alusión) y un alfiler especial colocado entre los dos hemisferios, son seguras revelaciones de los médicos, las señales más características, para identificar en todo tiempo la preciosa reliquia

“Cuando los profesores Debayle y Lara colocaron en el líquido conservador el cerebro y lo enviaban a sus Laboratorios, con la confianza de un convenio anterior, Murillo se interpuso diciendo primero que más tarde lo remitiría; después, no queriendo dejarlo llevar. La escena se hacía violenta y Debayle indignado tomó el recipiente y lo entregó a un policía, quien

a su vez, creyendo hacer mejor, lo puso a la orden de su jefe, y lo llevaron a la Central. Mientras, el Dr. Debayle no insistió en reclamar su derecho, porque la señora de Darío le suplicó tuviese paciencia y que ambos órganos le serían entregados, pues ella se los cedía.

"Vueltos a las habitaciones anteriores, Murillo afectó exaltación y entró a su aposento, en ademán amenazante, según los circunstantes. El Dr. Debayle todavía en traje de operador, sin arma alguna, penetró al mismo cuarto, diciéndole que estaba desarmado y que bien podía atentar contra él. Murillo, en esta actitud, repuso que él de ninguna manera quería agredirlo, y salieron luego afuera, ofreciendo que todo se arreglaría.

"Mas, desgraciadamente, ni a Debayle, ni al Sr. Obispo se les cumplió lo prometido de entregar el cerebro, el cual se remitió para Granada contra la voluntad del pueblo leonés que en su idolatría por Darío quería conservar a todo trance el cerebro" (1)

## LA IGLESIA

Hicieron propio el duelo de la Patria los prelados nicaragüenses.

El Ilustrísimo Pereira y Castellón, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de León, ordenó los funerales eclesiásticos con la magnificencia propia y ceremonial establecido para los funerales de los Príncipes y Nobles.

## EL EJECUTIVO

El Supremo Poder Ejecutivo de Nicaragua está presidido por don Adolfo Díaz, el más joven de los presidentes que ha habido en el país, según lo he dicho en aquel libro de historia dramática, *La Caída de un Presidente*.

Pertenece el señor Díaz al Partido Conservador avanzado. Es blanco, de ojos negros, de mediana estatura. Hombre discreto, habla poco. Su historia política es corta.

Desde que tuvo noticias de la enfermedad de Darío en Nueva York se interesó por él. El Gobierno votó un crédito de mil *dollars* para auxiliarlo del cual se le empezaron a girar partidas de 200 *dollars*.

La protección oficial no le faltó desde entonces en Nueva York, en Guatemala y cuando llegó a Nicaragua, durante su enfermedad, y en su muerte. Al tener noticias de ésta, el Ejecutivo dictó el acuerdo correspondiente.

## LAS NOCHES DE LA UNIVERSIDAD

Durante cuatro noches continuas estuvo el cadáver en capilla ardiente en los salones de la Universidad de León, la antigua Universidad fundada por los españoles.

(1) El cerebro fue llevado personalmente a Granada, a la Clínica del Dr. Juan José Martínez, algunos meses después, por la viuda doña Rosario de Darío, para que hiciera un estudio científico aquel facultativo, estudio que publicó el año pasado "REVISTA CONSERVADORA"

Es un edificio elegante contiguo al antiguo templo de La Merced, poderoso centro de cultura intelectual. Sabios, escritores, literatos, abogados, médicos, ingenieros, políticos notables, salieron de él, tomaron allí la sal del espíritu.

En sus jardines perfilase el busto del sabio Larrey-naga y flota en su atmósfera como el eco glorioso de una secular civilización, verbo de las almas y pan de muchas generaciones.

Tan pronto aconteció la muerte del poeta, la Universidad se vistió de cortinajes negros. Y cuando el cadáver fue trasladado del salón municipal al parniso, la primera cambió la decoración por otra de blanco y rosa.

El cuerpo de Darío descansaba sobre un catafalco blanco de relieves artísticos. En uno de los extremos se veía la imagen de Víctor Hugo, en otro, el busto doliente del Dante. Quitóse al poeta el traje negro y fue sustituido con el sudario griego de seda blanca, se le puso la corona de los inmortales, la corona de los genios. Serena, dulce, aparecía la egregia figura, su espiritual fisonomía de color de cera.

Cada noche era un acontecimiento social y literario. Durante ellas desfilaron los distintos gremios y corporaciones. Damas y caballeros vestían luto riguroso. Hubo una asistencia de más de 6 mil almas.

Día y noche el cadáver estuvo en capilla ardiente. Los actos públicos empezaban a las 10 de la noche con recitaciones de las mejores composiciones de Darío, discursos de oradores reconocidos y poesías de poetas nacionales.

Resultaría extenso este capítulo si insertáramos todos los discursos y versos que entonces se dijeron.

Permanecía la ciudad iluminada a *giorno* y por sus amplias y hermosas calles desfilaba aquella muchedumbre silenciosa en romería a la Universidad, como a un santuario espiritual para oír la palabra de los ingenios patrios.

Manifestaciones eran todas que pasaron los límites de lo ordinario. Rebasó el sentimiento nacional y tuvieron esos actos las proporciones de verdaderas apoteosis, en homenaje a aquel hombre único.

Asistieron a ellos las delegaciones del Poder Ejecutivo, de las Cámaras de Senadores y Diputados, de las Cortes de Justicia, las Municipalidades, la prensa, colegios de abogados, los médicos, estudiantes, comerciantes, obreros, industriales.

## LOS FUNERALES

**13 DE FEBRERO** No hay ejemplo en la Historia de Nicaragua de una procesión tan soberbia, imponente, suntuosa, como la que se verificó en el entierramiento de Rubén Darío. Dijo un poeta que fue aquello, como exaltación de gloria inmortal. Todo espontáneo, sincero, en la ingenua pureza de una positiva admiración, de una honda devoción a su memoria.

Fue un domingo, día de sol, muy claro, de cielo muy puro, muy bello. A las dos de la tarde se aglomeraba la muchedumbre frente al edificio de la Uni-

versidad para conducir al poeta al lugar del eterno reposo.

Las clases elevadas vestían traje de etiqueta, riguroso luto

Los obreros y obreras llevaban crespones negros

Cual profunda salmodia de dolor se oían dobles prolongados y tristes en los campanarios de todas las iglesias

Diose la señal de salida con un disparo de cañón

La patria le hacía honores de Ministro de la Guerra, como la Iglesia se los hacía de Príncipe.

El poeta iba a la vista, sin caja murtuoria, con su corona de laurel y vestido con el peplo blanco de los griegos Estaba colocado sobre andas lujosas, cubiertas con tela de color blanco y azul Era conducido bajo un palio regio, de los mismos colores

Tan pronto salió a la calle, fueron echadas al aire siete palomas blancas, simbolo de las siete virtudes

Dice un escritor que ese entierro fue la "proce-sión de un Dios conducido en hombros de creyentes".

Hubo numeroso desfile de estandartes con las siguientes inscripciones Gobierno Argentino, Gobierno de Guatemala, Gobierno de El Salvador, Gobierno de Honduras, Gobierno de Nicaragua, Gobierno de Costa Rica La Prensa, Oficina Internacional Centroamericana, Congreso Nacional, Cuerpo Diplomático y Consular, Facultad de Medicina, Centro Universitario, Municipalidad de Managua, Escuela de Derecho, Sociedad Central de Obreros, Club Social, Club de Artesanos Los obreros llevaban palmas como en la procesión del Domingo de Ramos

Y en medio del desfile, un grupo de divinas apariciones, con luengas túnicas blancas, las Canéforas, las vírgenes de Minerva, nota nívea, pristina, plumón de garza, en aquel hervidero de trajes negros Llevaban cestos de flores sobre los hombros e iban regándolas, alfombra perfumada de colores, a lo largo de la ruta

Eran bellas las Canéforas, lirio y rosa bellas como la primavera y la luz Responden a los nombres de Marina y Emilia Argüello, Estela y Margarita Argüello, Virginia González, Mercedes Ayón, Adriana Castro, Carmela Argüello, Mercedes Fernández, Anita Navas, Leticia Argüello, Fidelina y Berta Castro, Julia Barreto y Clementina Mayorga

En la casa del Dr Juan de Dios Vanegas, casa en la cual enseñó la Sra Jacoba Tellería las primeras letras a Rubén Darío, allí, junto a la casa en donde se crió Darío, en el mismo lugar donde, un Domingo de Ramos, reventó una granada con sus primeros versos, allí mismo, al pasar su cadáver, reventó otra granada

de la cual volaron palomas, y cayeron millares de papeletos con estos versos que Rubén Darío escribió a los trece años de edad.

## A TI

Yo ví un ave  
Que suave  
Sus cantares  
A la orilla de la mar  
Entonó  
Y voló.

Y a lo lejos  
Los reflejos  
De la luna en alta cumbre  
Que argentando las espumas  
Bañaba de luz sus plumas  
De tisú  
Y eras . . . tú.

Y ví un alma  
Que sin calma  
Sus amores  
Cantaba en fristes rumores,  
Y su ser conmovier  
A las rocas parecía.

Miró la azul lejanía,  
Tendió su vista anhelante,  
Suspiró,  
Y cantando, pobre amantel  
Prosiguió!  
Y era . . . yol

Hizo el elogio de Rubén Darío el Dr Santiago Argüello, quien pronunció su brillante oración al llegar el cadáver a la Santa Iglesia Catedral

Cuando el cadáver llegó a la Catedral y ya dentro de ella, la gente se apresuraba a coger flores de las andas, hojas, pétalos, y se los llevaban con devoción, como reliquias de un santo La corona de laureles la tomaron los estudiantes de la Universidad, para guardarla dentro de una urna, en el Salón de Recepciones

Descendió el cadáver a la fosa a las 9 y 15 minutos de la noche y en esos momentos la Banda de los Altos Poderes ejecutó la Marcha Triunfal, compuesta por el artista Luis A Delgadillo.

Y quedó su cuerpo como una santa reliquia, dentro de la Catedral, a la derecha, bajo la estatua del apóstol San Pablo, el genio iluminado en la ruta de Damasco Un simbólico león de mármol guarda sus despojos

El escribano público doctor Benjamín Selva certificó el acta de entierro.

El ángel de la gloria parecía decir

En la casa del Dr. Juan de Dios Vanegas, casa en  
Sal de tu Patria y de tu parentela, y ven al país que  
yo te mostraré (Biblia Mart. de San Esteban).

(Fragmentos del Libro "Últimos Días de Rubén Darío").